

# Capítulo 52 - La Sesión Espírita Parte Dos - El Juego en el Carrusel: Una Película de Horror LitRPG

- [Capítulo 52 - La Sesión Espírita Parte Dos - El Juego en el Carrusel: Una Película de Horror LitRPG](#)

# Capítulo 52 - La Sesión

## Espírita Parte Dos - El Juego en el Carrusel: Una Película de Horror LitRPG

“No estamos aquí para atraparte”, dijo Kimberly. “De verdad. Sabemos que algo extraño sucede aquí, y creemos que tú también lo notas.”

El rostro de Geist permaneció impasible.

“¿Extraño?” preguntó. “Esto no es extraño. Sospecho que las cosas siempre han sido así. La única gente que lo sabe con certeza son conspiradores. ¿Estás con ellos?” hizo una pausa solo por un instante. “No respondas. No me digas que estás de mi lado. Prefiero prescindir de esa tranquilidad si me ahorra otra mentira. ¿Quieres saber qué es lo que realmente es extraño en Carrusel y en mi familia? Nunca dejaré de contar esa historia mientras viva. Para callarme, tendrán que matarme.”

Se arañó la frente, justo al lado de la cicatriz donde Lillian Geist le había destrozado la cabeza.

“Ahora, continúa con tus preguntas. Antes de que preguntes, no iré contigo al llamado Centenario”, dijo.

Kimberly respiró hondo. “¿Crees que estamos aquí para llevarte al Centenario?”

Se sentó en la cama rota de la habitación y se apoyó contra la cabecera para tener soporte. “No soy tonto. Leí en el periódico que el Centenario ha regresado. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que intentaran arrastrarme cuesta abajo. No hay nada que no puedan prever.”

“No, no—” comenzó Kimberly, pero Antoine puso su mano en su hombro.

“Dijiste ‘llamado’ Centenario”, dijo Antoine suavemente. “¿No es este el verdadero Centenario?”

Jedediah empezó a reír con ganas.

“Mi padre fue exitoso mientras lo conocí a él, y durante muchos años antes de que naciera, pero dudo que incluso él pudiera haber fundado el pueblo antes de aprender a leer y escribir. Informaron que sería el Centenario hace tres años, también. Supongo que no esperaban que me

encerrara en mi casa toda esa semana. Pensaron que intentarían esa trampa de nuevo”, soltó otra carcajada. “Nunca pudieron hacer este tipo de tonterías cuando mi familia estaba viva. Mis parientes eran un poco lentos de entendederas, pero aún así sabían matemáticas básicas. Un Centenario en 1989, y otra vez en 1992. Deben pensar que son graciosos. No, no, celebran su Centenario para clavar aún más el puñal. Saben que soy su prisionero, y ahora lo exhiben.”

Era consciente de que la fecha del Centenario estaba distorsionada de alguna manera. No parecía saber nada del ciclo de continuidad, pero sí sabía que ya lo habían celebrado antes. Sentí una fuerte tentación de preguntar a quién se refería con “Ellos”, pero no quería interrumpir la conversación aún. Guardaría esa pregunta.

“¿Dices que tu familia no sabía de la naturaleza extraña de Carrusel?” pregunté.

Jedediah reflexionó un momento.

“No puedo decir qué sabían exactamente ni en qué creían. Pasas la vida con la alfombra roja extendida ante ti; quizás también tengas miedo de desviarte de ella. Aunque la alfombra conduzca a algo aterrador, prefieres esperar a que pase. Quieres creer que eres simplemente capaz, que eres muy amado, hermoso y afortunado. Seguirás caminando por esa alfombra hasta que te lleve al borde de un precipicio. No los culpo. Por mucho que intentara convencerlos de que algo no estaba bien, que éramos simples juguetes para algún opresor conspirador, para Dyrkon, nunca tuve pruebas. Nosotros, los Geist, éramos enormes, pero no inmortales.”

Jedediah era consciente. Lillian sabía que algo no andaba bien, pero lo afrontaba siguiendo el juego y desempeñando su papel de reina de belleza que el pueblo de Carousel le había asignado. Parecía que Jedediah tomaba un camino distinto.

“Comencemos desde el principio,” dijo Antoine. “¿Puedes contarnos cómo fue crecer como un Geist?”

Jedediah soltó una risa.

“Tuve una infancia normal,” afirmó. “Sé que es difícil de creer, pero es la verdad. Mi familia era exitosa y nadie había mencionado una maldición de Geist hasta que ya era adulto. Veraneábamos en las colinas de Carousel, junto al lago Crescent. En invierno, hacíamos escapadas de esquí a Snowblind. Mi padre trabajaba sin descanso, pero pensaba que todos los padres hacían eso, así que me sentía contento. Mi madre era mi mejor amiga en aquel entonces. Le complacía mucho esa cercanía. Carlyle y Steven querían crecer rápidamente, pero yo acepté ser su pequeño niño. Ella fue quien me enseñó a montar en bicicleta y a curar mis raspaduras. Mis hermanos eran una década mayor que yo. A esa edad, tenían poco interés en estar conmigo, así que socializaba con los hijos de los sirvientes. Nada extraño sucedió hasta... hasta que cumplí doce años.”

Mientras hablaba, en la pared de fondo aparecían imágenes. Recuerdos. Lo vi vestido con sencillez, persiguiendo ranas junto a un estanque cercano a una de las mansiones de los Geist, aunque era demasiado pequeña para ser aquella que se quemó. Lo observé viendo a sus hermanos hablar con chicas a través de un ventanal ornamentado. Al final, lo vi colándose por un pasillo en la oscuridad.

Se detuvo. Quise que continuara, pero antes de pedirle que lo hiciera, Kimberly tomó la palabra.

“Tu madre,” dijo, “falleció, ¿verdad?”

Jedediah asintió. “Cuando tenía quince años. Después de eso, estuve solo en el mundo.”

Ella nos miró con recelo, y solo entonces comprendí qué era lo que resultaba extraño. Mientras él hablaba, no había ninguna grabación en la pared con imágenes de su madre, ninguna en absoluto.

Sin que nadie le pidiera, Jed prosiguió.

“Fue duro al cumplir los doce, pero sin ella, me quedé solo con mi secreto y sin nadie con quien hablar. Decidí creer que todo había sido un sueño,” dijo.

“¿Y qué había sido un sueño?” pregunté.

La escena de recuerdo regresó al pasillo oscuro, donde el joven Jedediah Geist caminaba lentamente hacia el murmullo de voces.

“La reunión,” dijo. “Fue la primera vez que vi a Silas Dyrkon en persona. Antes había visto carteles con su nombre y esas máquinas mecánicas en las esquinas para turistas. Conocía al hombre y había oído las historias, así que cuando lo vi, lo reconocí. Era impresionante, imponente.”

Jedediah siguió hablando, pero la escena de recuerdo me sorprendió de inmediato. Era Silas Dyrkon. Verlo en realidad fue un shock. Era un hombre alto, que podría haber sido una celebridad por su apariencia y porte. Muy distinto a la imagen que tenía de un banquero. Su cabello era oscuro y sus ojos penetrantes. La máscara de Silas el Showman en las cajas de exhibiciones estaba claramente inspirada en él, aunque no lograba hacerle justicia. Miró por el pasillo oscuro en dirección a Jedediah, pero no dijo nada. No miraba a Jedediah; sus ojos estaban clavados en mí. Eso significaba que estaba mirando directamente a la cámara.

Sonrió con una mueca diabólica y luego volvió su atención al hombre que yo reconocía como Bartholomew Geist. Mi corazón casi saltó del pecho.

Había observado la cámara.

Apenas podía contener mi asombro. Oí un susurro en el pasillo donde Isaac o Cassie retrocedieron sorprendidos ante la revelación.

Jedediah continuó.

“Nunca había visto a mi padre así”, dijo. “Era de voz suave y respetuoso. Nunca había sido esas cosas antes.”

En mi mente lo visualicé. Bartholomew Geist representaba una figura imponente, pero en ese momento, claramente, no estaba a cargo.

“Ya no tengo dinero para seguir con la expansión”, dijo Bartholomew. “No quiero dudar de ti, solo que estos nuevos planes, otro hospital, más barrios... ni siquiera podemos llenar las casas que ya tenemos. La ciudad apenas produce impuestos. No puedo soportar esta carga solo.”

Bartholomew Geist evitó hacer contacto visual con Dyrkon.

“Pensé que eso era lo que querías”, dijo Silas. “Quieres ser dueño de tu propio destino turístico. Quieres control. Querías dirigir el espectáculo.”

“Sí, pero—”

“Puedes aceptar más socios. Eso funcionó en el pasado, ¿recuerdas? Conozco a un hombre que podría traer un hospital impresionante, no como la trampa mortífera que construiste para mí. Él podría incorporar un sistema de alcantarillado de última generación junto con ello. No hay necesidad de preocuparse por trabajos de mala calidad. Déjame encargarme de eso.”

“No sabía qué tipo de desgaste... se ejercerían sobre las estructuras cuando me instruiste a construirlas. Después de todo, siempre fueron instalaciones temporales. Podemos construir unas nuevas en unos años, una vez que podamos obtener impuestos adecuados de los habitantes. Solo necesitamos que la gente se mude a Carousel. Los impuestos son la clave.”

Dyrkon se acercó a Bartholomew y susurró. “No puedo atraer más residentes sin las instalaciones que prometiste. Pedí conjuntos. Pedí ubicaciones. Elegiste ser barato. Tengo historias que contar. Me disgustaría que incumplieras tu parte del contrato. Nuestro acuerdo fue claro.”

Bartholomew suspiró, derrotado.

“¿Qué tipo de socio? Los... socios que has sugerido antes han sido...”

“Te aseguro,” dijo Dyrkon. “El hombre que tengo en mente no es más que un profesional. Incluso limpia sus desastres. Solo necesita un hogar en las colinas de Carousel y un terreno para que su hospital sea... construido allí.”

“Supongo... espero que mi familia quede exenta de las rarezas que pueda traer,”

Dyrkon se rió. “Te voy a dar una garantía personal: el Dr. Halle usará sus habilidades en apoyo de la salud de tú y los tuyos.”

“El Dr. Halle...” dijo Bartholomew. “Si nunca tocará a mi familia con intención o efecto mortal, entonces acepto.”

Silas y Bartholomew se estrecharon la mano.

Jedediah había estado hablando todo el tiempo, pero yo centraba toda mi atención en el recuerdo del pasado.

“Fue entonces cuando apareció el hombre. Pensé que era un hombre corriente. Quizá se había escondido en la esquina, pero aún no había dado cuenta de lo que había visto.”

En el flashback, vi al Dr. Howard Halle aparecer nerviosamente desde la dirección de la chimenea. Observaba con cautela su entorno.

Silas presentó a los dos hombres. Se dieron la mano. Bartholomew parecía derrotado.

“Pasemos a otro asunto,” dijo Silas. “Preguntaste sobre la incorporación de nuevos ciudadanos. Comencemos con estos.”

Le entregó a Bartholomew una carpeta parecida a las que usan los abogados.

Bartholomew la examinó con intensidad, hojeándola.

—¿Cónyuges?—preguntó él. —Mis hijos son demasiado jóvenes para esto. Agradezco su consideración, pero esto es excesivo. Muchas gracias.—

—Pediste abundancia para tu linaje. Esto es lo que he proporcionado: adiciones perfectas al árbol familiar de los Geist, familias idóneas para poblar Carousel. Está hecho. Te aseguro que estos enlaces matrimoniales son excelentes. Garantizo que, si tuvieras libre elección, estos son los enlaces que tus hijos elegirían para sí mismos.—

Bartholomew leyó en voz alta la página. —Carlyle... Steven... Jedediah. Jedediah es demasiado joven para pensar en chicas. ¿Se supone que debe casarse con esa chica Harriet a su edad? Realmente debo objetar... esto es demasiado.—

—No objetas,—dijo Silas, poniendo su mano sobre el hombro de Bartholomew—. Te aseguro que no objetas. Tú pediste esto. Yo te lo he traído. Sé agradecido, como lo serán tus hijos. Además, mira sus familias. Todas líneas competentes, trabajadoras. De buena educación, como dirías tú. Tan buenas como si las hubieras elegido tú mismo.—

Bartholomew estuvo en silencio por un momento, pero luego susurró: —Gracias.—

El joven Jedediah tenía una expresión curiosa en su rostro, como si no terminara de comprender lo que acababa de ver.

Corrió de regreso por el pasillo en las sombras.

—Mi padre acababa de regresar de un largo viaje. Pensé que, si lo encontraba antes de que se durmiera,—dijo Jedediah Geist—, quizás tendría alguna sorpresa para mí antes de que mis hermanos llegaran a llevársela. No comprendía bien lo que había oído. Lo olvidé. Simplemente me dije que todo era un sueño. Tenía que ser así. Tenía que ser un sueño... hasta que la conocí: Harriet, la mujer de mis sueños. Largo cabello castaño, una sonrisa tan hermosa, tan discreta, que parecía compartirla solo conmigo. Harriet, el amor de mi vida. Harriet, la mujer que me enviaron solo a mí.